

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

LXI

CICLO DE CONFERENCIAS

MADRID, MEDIO SIGLO
DE DESARROLLO URBANO
(1973-2023)



*JUAN DÍEZ NICOLÁS / RAFAEL FRAGUAS DE PABLO / MARÍA VICTORIA GÓMEZ
AGUSTÍN BLANCO MARTÍN / CARLOS GONZÁLEZ ESTEBAN
FRANCISCO DE BORJA CARABANTE / JOSÉ MARÍA EZQUIAGA
ENRIQUE MANZANO MARTÍNEZ / ANA LUENGO AÑÓN
SALVADOR RUEDA PALENZUELA / MÓNICA LUENGO AÑÓN
JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ PÁRAMO / PEDRO MONTOLIÚ
ROCÍO CASCAJO JIMÉNEZ / PATXI J. LAMÍQUIZ DAUDÉN
JUAN MIGUEL HERNÁNDEZ DE LEÓN / ANTONIO CASTRO JIMÉNEZ
ARACELI PEREDA ALONSO / LUCÍA CASANI*

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
C. S. I. C.

MADRID, MEDIO SIGLO DE DESARROLLO URBANO (1973-2023)

Coordinación
Pedro Montoliú



INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
MADRID, 2023

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Introducción	9
SOCIOLOGÍA	
<i>Cambios en la sociedad madrileña en los últimos cincuenta años</i> JUAN DíEZ NICOLÁS	15
<i>Cambios y retrocambios sociales entre 1973 y 2023</i> RAFAEL FRAGUAS DE PABLO	39
<i>Los lazos sociales en los barrios madrileños</i> MARÍA VICTORIA GÓMEZ	49
<i>Madrid, ¿hacia una ciudad fragmentada?</i> AGUSTÍN BLANCO MARTÍN	61
URBANISMO	
<i>La evolución del urbanismo madrileño en medio siglo de crecimiento</i> CARLOS GONZÁLEZ ESTEBAN	75
<i>Los retos futuros de Madrid</i> FRANCISCO DE BORJA CARABANTE	93
<i>Madrid: verde, abierto y diverso. Cómo afrontar los nuevos desafíos urbanísticos</i> JOSÉ MARÍA EZQUIAGA	99
<i>Claves para un ordenamiento responsable</i> ENRIQUE MANZANO MARTÍNEZ.....	107
MEDIO AMBIENTE	
<i>Cincuenta años haciendo ciudad: del “verde” al paisaje en las políticas municipales desde la democracia a la actualidad</i> ANA LUENGO AÑÓN	115

Las supermanzanas, un modelo para mitigar los impactos sobre la salud y el medio ambiente urbano
SALVADOR RUEDA PALENZUELA 141

El Paisaje de la Luz. ¿El pasado de nuestro futuro?
MÓNICA LUENGO AÑÓN 155

Medidas para preservar el medio ambiente urbano en la ciudad de Madrid
JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ PÁRAMO 167

MOVILIDAD

La movilidad en Madrid. Pasado y presente
PEDRO MONTOLIÚ 177

Hacia la movilidad sostenible
FRANCISCO DE BORJA CARABANTE 207

Evolución y revolución de la movilidad urbana
ROCÍO CASCAJO JIMÉNEZ 213

Los retos de la movilidad urbana y la necesaria transformación de las calles de Madrid
PATXI J. LAMÍQUIZ DAUDÉN 229

CULTURA

Los últimos cincuenta años de la cultura madrileña
JUAN MIGUEL HERNÁNDEZ DE LEÓN 243

La cultura: aportación al PIB de Madrid
ANTONIO CASTRO JIMÉNEZ 251

Tejer ciudad a través de la cultura
ARACELI PEREDA ALONSO 261

Hacia un nuevo concepto de institución cultural en el siglo XXI
LUCÍA CASANI 269

LOS LAZOS SOCIALES EN LOS BARRIOS MADRILEÑOS

Por María Victoria GÓMEZ

*Doctora en Sociología, profesora titular e investigadora del
Departamento de Análisis Social de la Universidad Carlos III de Madrid*

Ponente de la mesa redonda *Madrid, laboratorio de
cambios sociales*, celebrada el 26 de septiembre de 2023 en el
Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, dentro del ciclo *Madrid,
medio siglo de desarrollo urbano (1973-2023)*

Cuando hablamos de cambio social, inmediatamente pensamos en las diversas facetas a las que cabe adscribirlo: cambio demográfico, cambio político, cambio cultural y de valores, cambio institucional, cambio urbanístico, etc. Esta intervención se centra en las relaciones sociales en los barrios y en las transformaciones que han experimentado a lo largo del tiempo.

En un principio, los elementos unificadores, los elementos que amalgamaban las relaciones vecinales tenían que ver con la propia historia y conformación de los barrios y la presencia de movimientos sociales en esas áreas urbanas, concordantes con los problemas sociales, económicos y urbanísticos que ocupaban un lugar central en la cotidianeidad de sus habitantes.

Frente a ese escenario, hoy advertimos el aumento de la desigualdad social en Madrid, ciudad que viene desde hace ya tiempo destacando de forma recurrente y negativa en los estudios y comparaciones sobre segregación en el entorno europeo y al mismo tiempo, observamos la disminución de los movimientos sociales específicos de los barrios y también una aminoración sustancial de los problemas de equipamiento, transporte e infraestructura de los barrios frente a la realidad de hace cincuenta años. El eje sobre el que gravita esta aportación es, por tanto, la evolución de los lazos sociales: ¿Qué vínculos sociales existían en los barrios en los años 70 y cómo son en el momento actual?

LOS BARRIOS MADRILEÑOS EN LOS AÑOS SETENTA

Volver la vista cincuenta años atrás es un ejercicio muy saludable porque permite percibir cómo hemos cambiado y cómo ha cambiado nuestra ciudad y su entorno. Podemos comenzar comentando cómo lo que hoy es la comunidad

autónoma en la que se inserta ni siquiera existía en 1973, al inicio del periodo. En ese momento aún faltaban diez años para que se aprobara su creación como comunidad autónoma uniprovincial.

También tiene interés señalar que en 1964 se había creado como entidad el Área Metropolitana de Madrid, a la que se habían incorporado veintitrés municipios circundantes. También existía COPLACO (Comisión de Planeamiento y Coordinación del Área Metropolitana de Madrid), un organismo de la administración estatal que tenía el objetivo de gestionar la planificación urbanística del área metropolitana de Madrid. Ambas entidades desaparecieron con la creación de la Comunidad de Madrid. Y otro dato importante: el Plan General de Ordenación del Área Metropolitana redactado en 1961 había establecido dos grandes áreas, una de descentralización industrial situada en el sur y este –que se extendía hasta Aranjuez, Talavera, Toledo, Alcalá de Henares y Guadalajara–, y otra residencial y de esparcimiento localizada en el noroeste. En otras palabras, la segregación territorial norte-sur o para ser más exactos noroeste-sureste, adquirió en aquel momento carta de naturaleza.

En los veinte años que transcurren desde 1963 hasta 1983 en que se crea la Comunidad, Madrid se configuró como una región metropolitana articulada en torno a la capital. No hay que olvidar que por decisión franquista Madrid se había convertido en uno de los tres polos industriales del país. Su área metropolitana se convirtió así en uno de los ejes más dinámicos de la economía española.

Como sabemos, la llegada masiva de personas que buscaban trabajo en Madrid dio pie a importantes núcleos autoconstruidos, de chabolas, situados en el extrarradio de la ciudad, como Vallecas, Orcasitas, San Blas, Villaverde, etc. Estos trabajadores constituyeron mano de obra barata para el sector de la construcción, en pleno apogeo por los procesos urbanizadores en marcha.

Pronto el proceso de atracción rebasó los límites de la ciudad para extenderse hacia el área metropolitana, con los grandes polos de crecimiento industrial y demográfico mencionados, constituidos en torno al espacio delimitado por las carreteras de Andalucía y Toledo en el sur y por lo que fue la carretera Nacional II en dirección a Barcelona en el este provincial.

El sur tanto municipal como metropolitano en el área de las carreteras de Andalucía y Toledo, concentró lo que se llamó la Fábrica del Sur basada en aquel momento en la industria del metal. Más adelante, las empresas comenzaron a situarse en el este, en torno a la carretera de Barcelona donde se localizó la producción electrónica, química, farmacéutica y cosmética.

Cuando comenzó la larga crisis económica de los años setenta en el mundo occidental, el impacto en el tejido industrial madrileño fue enorme. Entre 1975 y 1984 se destruyeron 200.000 empleos con drásticas reducciones del número de trabajadores y múltiples cierres de empresas. Aun así, el sur, que alojaba las empresas de mayor antigüedad y predominio del sector metalúrgico, fue el que sufrió los embates más negativos, y las tasas más elevadas de paro, lo que contribuyó a reforzar la vulnerabilidad del área. Por otra parte, el noroeste provincial comenzó a dibujarse como el espacio natural de la vivienda residencial de lujo y

de la segunda residencia, debido a sus buenas comunicaciones y a la cercanía de la sierra madrileña (Otero, 2010).

En este contexto, el crecimiento urbano madrileño caracterizado por el desorden y la especulación constituyó un inmejorable caldo de cultivo para el desarrollo de un fuerte movimiento reivindicativo, organizado a través de las asociaciones de vecinos, que cobraron un creciente protagonismo en la lucha ciudadana por la mejora de la calidad de vida y de la vivienda, asociada además a las demandas de libertad en la época franquista. Las asociaciones de vecinos adquirieron una importante influencia en la vida ciudadana en los años setenta y la Federación de Asociaciones de Vecinos trató de articular su actuación para así incrementar su capacidad de movilización ciudadana.

Durante la transición democrática, el movimiento ciudadano centró buena parte de su actividad reivindicativa en problemas muy vinculados a las vivencias cotidianas de los habitantes de los barrios. La necesidad de construir, dotar y hacer funcionar los servicios públicos y los equipamientos que o bien no se habían construido o se habían realizado con bajísimos estándares en los años del “desarrollismo” franquista (Blanco y Subirats, 2012) llevó a que miembros de asociaciones de vecinos, de los partidos de izquierda, intelectuales y técnicos se unieran estratégicamente para dar pie al desarrollo de una nueva política urbana local. De hecho, en 1979 se logró una auténtica hazaña, pues el movimiento vecinal consiguió que el Ministerio de la Vivienda destinara una gran cantidad de recursos a lo que se llamó Operación de Remodelación de Barrios de Madrid. Fue un proyecto muy ambicioso que se tradujo en la remodelación de treinta barrios de Madrid y la construcción de casi 40.000 viviendas, con una inversión que actualmente equivaldría a más de 1.200 millones de euros (Otero, 2010).

En ese mismo año de 1979, se celebraron las primeras elecciones municipales de la democracia. En términos de organización social, supusieron el comienzo del declinar de la influencia de las asociaciones de vecinos en Madrid, pues muchos de sus dirigentes se incorporaron a los ayuntamientos y a los partidos ya legalizados. Los gobiernos municipales se convirtieron en el principal escenario de cambio de políticas en la transición de la dictadura a la democracia, al mismo tiempo que los movimientos sociales se institucionalizaron progresivamente.

En este escenario, ¿qué tipo de vinculación existía entre los habitantes de los barrios?

Debemos comenzar señalando que el contexto madrileño era y es muy diverso, como hemos señalado anteriormente. Sin embargo, dentro de esa diversidad, sí podemos afirmar que tal como sucedía en otros contextos y como ponen de manifiesto no sólo los estudios académicos sino también el cine y la literatura, hace cincuenta años las relaciones sociales en buena parte de los barrios eran muy consistentes, particularmente en nuestro país que se hallaba en una coyuntura histórica muy especial al comenzar su andadura hacia la democracia.

En un escenario de enorme crecimiento urbano y de espacios barriales a menudo creados por los propios vecinos, se acumulaban los problemas: mala calidad de

las viviendas, deficiente urbanización, falta de equipamientos y de servicios de todo tipo (centros de salud, escuelas, comercio, transporte, zonas verdes, instalaciones recreativas y sociales); los residentes, lejos de resignarse y aceptar pasivamente estos hechos, toman conciencia de la necesidad de actuar conjuntamente y crean vecindarios en los que predomina la acción social y comunitaria (Documentación Social, 1975). A partir del análisis de la realidad urbana que sufren, viven y experimentan, los vecinos se organizan y convierten las carencias en reivindicaciones.

Así, compromiso, solidaridad y esfuerzo fueron ejes que sustentaron la vida de los barrios y dieron empuje a colectivos fuertes, unidos y sacrificados (López-Rey, 2021). Algunos autores señalan la nueva comunidad de intereses que se forjó en los esfuerzos y en la solución de los problemas. El cine recogió de manera ejemplar algunas de esas imágenes, esos gestos de solidaridad de muchos vecinos ayudando a construir por las noches y a todo correr las “casitas bajas” que iban a alojar a un recién llegado, para que no las derribaran al día siguiente. Estas acciones en los barrios crearon auténtica conciencia colectiva (Angulo Uribarri, 1975).

Socialmente, el barrio confirió identificación, convivencia, profunda conciencia de arraigo y aprendizaje en el uso colectivo de los bienes y servicios urbanos, creando unas relaciones muy humanas e impregnadas de los intereses de la colectividad (Ambrosio, 1975). Más allá de las redes familiares y de parentesco, la participación en los movimientos de mejora de los barrios conformó una identidad colectiva, contribuyendo a la autoafirmación y autovaloración de los residentes. No hay que olvidar que en determinados casos los vecinos pudieron incluso participar en el diseño urbanístico de sus barrios, en la tipología y la distribución del espacio de sus viviendas y hasta en la selección de los materiales de construcción (Montañés, 2021; Alonso y Sánchez, 1975).

En esos nuevos barrios los vecinos creaban campañas, clubes deportivos, se organizaban para abrir una guardería o imprimían un boletín informativo. Y ya como asociaciones de vecinos, inventaron carreras ciclistas, juegos deportivos, bibliotecas, aulas de estudio, campamentos urbanos e incluso radios libres. Crearon ecosistemas socioculturales que en muchos casos evitaron la caída de los jóvenes residentes en la lacra de la droga (Cuéllar, 2021). Hicieron ciudad y ciudadanos y crearon conciencia urbana (López-Rey, 2021). En otras palabras, los vecindarios fueron escenario de conformación de auténticos movimientos sociales que se caracterizaron por su peso e incidencia en la vida urbana, tanto por su número y potencia como por su carácter reivindicativo. Y si bien partieron y se apoyaron en el barrio, lo trascendieron en buena medida a la hora de plantear cuestiones que cabía extender a muchas realidades y áreas urbanas (López de la Torre y Ramos, 1975).

La reflexión en torno a los actores que dieron lugar a los dinámicos movimientos de barrio de los años setenta y ochenta permite observar la preocupación por la organización y la formación de las personas que los integraban, la pedagogía a implementar, los objetivos de lucha a alcanzar y las metas que iban

más allá de esos objetivos y afectaban a la transformación social y política de la sociedad como un todo. Sin embargo, paradójicamente, la reflexión en torno a la naturaleza de los lazos sociales y comunitarios, la identidad y la pertenencia como objetivos de integración no estaba en el orden del día. Había problemas tan dramáticos y urgentes que la reivindicación de su solución era la amalgama que unía a vecinas y vecinos.

Con este telón de fondo, desde la década de 1980, los movimientos sociales dieron forma a las políticas municipales que tras las elecciones locales evolucionaron hacia su progresiva institucionalización y la profesionalización creciente en el ámbito de la gestión. En la ciudad de Madrid se puso en marcha el Plan General de Ordenación Urbana que se aprobó en 1985, con un planteamiento que hoy consideraríamos muy actual en su intento de regenerar, reequilibrar, dotar a la ciudad de los equipamientos tradicionalmente deficitarios, acabar con el crecimiento desordenado y caótico que la había caracterizado y habilitar espacios públicos que facilitaran el encuentro entre sus habitantes. Fue a partir de ese intento de superar los déficits urbanísticos acumulados como se comenzó a construir un incipiente Estado de bienestar local (Blanco y Gomà, 2019) con el trasfondo de la creación del estamento de gobierno autonómico.

MADRID EN EL MOMENTO ACTUAL

Hoy vivimos momentos diferentes. Nuestra ciudad ha cambiado sustancialmente. Desde el inicio del periodo, los años setenta, su población ha crecido principalmente por el efecto de la llegada de inmigración internacional, aunque el mayor protagonismo demográfico actual corresponde a los municipios de la periferia.

Madrid ha venido siguiendo un modelo expansivo desde la década de los noventa que ha implicado cambios socioeconómicos de gran calado. Cuenta con un amplio desarrollo de la industria de alto nivel y de los servicios y, de hecho, es la región con el PIB más elevado del país. No obstante, en los recientes periodos de recesión, la región ha sido uno de los espacios más afectados por la crisis y el aumento de la desigualdad. Pervive, además, aquel primer esbozo de segregación sureste-noroeste, que lejos de aminorarse o desaparecer se perpetúa en los mismos términos. En la Comunidad de Madrid, el cociente S80/S20 se ha mantenido por encima de la media nacional desde 2015.

De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística (INE), el cociente S80/S20 permite una medición a través de ratios entre percentiles. El cociente se interpreta como la relación entre la renta media obtenida por el 20 % de la población con la renta más alta (quintil más alto), en relación a la renta media obtenida por el 20 % de la población con la renta más baja (quintil más bajo). En 2019, el indicador era 5,9 en España, situándose Madrid como la cuarta región con mayor nivel de desigualdad (6,5) (INE, 2022) (Brey *et al.*, 2023).



Fig. 1. Evolución de la desigualdad (cociente S80/S20) en España y la Comunidad de Madrid. Fuente: *Encuesta de Condiciones de vida* (INE, 2022).

Dejando a un lado los problemas relacionados con el acceso a la vivienda que lamentablemente constituyen un lugar común en la ciudad, sin visos de que ni la administración regional ni la local intervengan en su resolución, si volvemos los ojos a la planificación urbana, al planeamiento, observamos en primer lugar la condena que sufrió por parte de un sector de la sociedad el Plan General de Ordenación Urbana de 1985. Como ya hemos señalado, a tenor de los problemas que actualmente experimentan las ciudades hoy sería un ejemplo a imitar con el lema que lo acompañó: *Recuperar Madrid*. Aquel plan planteó una serie de grandes operaciones estructurantes de reforma interior (como la recuperación del río Manzanares o la remodelación de Atocha) y una miríada de pequeñas operaciones de cirugía menor: unas con el objeto de amalgamar los tejidos de la ciudad heredada entre sí o con la periferia, otras para solucionar los bordes urbanos, en coherencia con la idea de rematar la ciudad.

El siguiente Plan de Ordenación Urbana, el de 1997, bajo el lema de la flexibilización supuso una devaluación progresiva del papel del planeamiento como mecanismo regulador de las dinámicas del mercado y el abandono de la planificación por parte de los poderes públicos locales. El Plan General de Madrid de 1997 planteó en la práctica la urbanización de todo el suelo vacante del municipio, un dimensionamiento “al límite de la capacidad”, es decir el máximo crecimiento posible.

Entre muchos otros problemas, este planteamiento se ha venido traduciendo en una disrupción de la planificación. En otras palabras, la visión global y unitaria de la ciudad, que constituía el núcleo central del planeamiento urbanístico, se ha visto sustituida por la suma o yuxtaposición de proyectos fragmentarios sobrevenidos fuera del Plan, casi siempre con carácter oportunista, pero con una enorme repercusión sobre la estructura urbana de la ciudad.

Durante el *boom* inmobiliario 1997-2007 coincidieron, contradiciendo la idea clásica de equilibrio entre oferta y demanda y la prometida bajada de los precios con el incremento de la oferta, un aumento espectacular de la oferta de suelo y de la producción de viviendas una ocupación del suelo desmedida, la explosión urbana dispersa asociada a un modelo de movilidad insostenible y de difícil reconducción, la fragmentación territorial y la segregación de los usos, el acoso de los espacios naturales más valiosos y la intensificación del consumo de recursos materiales y energéticos (Santiago, 2012).

El modelo de “todo urbanizable” se tradujo en grandes actuaciones periféricas y desconectadas, a partir de los tristemente famosos PAU (Planes de Actuación Urbanística) que se han concretado en grandes islas rodeadas por carreteras o avenidas.

Como explicaba Bernardo Ynzenga (2010), las formas que han adoptado esos inmensos fragmentos empobrecen el medio urbano y desperdician la oportunidad de contribuir al bienestar residencial y cívico de quienes viven y usan la ciudad y de la ciudad como un todo.

El diseño no tiene en cuenta la calidad del medio urbano ni la interacción social o la complementariedad y el trenzado entre lo nuevo y lo preexistente. Las calles de los PAUs son tristes, no hay comercio de proximidad y nadie camina. Son áreas seguras y tranquilas pero carentes de servicios, fuera de la escala humana y en donde no es posible crear comunidad. Los barrios que generan los PAUs, responden a un concepto antiurbano, con las calles vacías, con la gente que va en coche y se mete en su garaje, perdiéndose así todo factor de identificación. La comunidad cerrada es la negación de la ciudad y, por tanto, de lo común. Representa competición y exclusión y genera desconocimiento de otras realidades (Secchi, 2014 en López, 2021).

Junto al crecimiento de las grandes áreas urbanas a finales del pasado siglo y comienzos del actual se produce también una reestructuración del centro histórico, lo que ha supuesto la mejora del espacio y el parque residencial junto a un notable avance de las tendencias de gentrificación y turistificación, una manifestación más de las tendencias de desigualdad social y segregación residencial, que se completa con la situación persistente de vulnerabilidad de otros barrios de la ciudad, principalmente los situados en la zona sureste.

Estas son algunas de las tendencias y problemas que se entrelazan en el nuevo marco en el que se desenvuelven los barrios de Madrid. Si atendemos a la cuestión de los lazos sociales –volviendo así al guion que estructura la intervención– es fácil reconocer que también han sufrido importantes modificaciones.

Yendo más allá del caso concreto de Madrid, las investigaciones sobre los vínculos sociales tienden a coincidir en un diagnóstico de pérdida, individualización y especialización funcional de los intercambios. La idea de desterritorialización de las redes de sociabilidad en el espacio urbano y desanclaje de las relaciones sociales con el territorio que acompañaría al cosmopolitismo

está bastante extendida. Pero al mismo tiempo, se registra la importancia que siguen teniendo los lazos en determinadas localizaciones. No hay por tanto unanimidad en la identificación y relevancia de estos vínculos.

REFLEXIONES FINALES

Desde el punto de vista académico, hay enfoques de interés que, partiendo de tres modelos de vínculos comunitarios, tratan de identificar cuál es hoy el patrón predominante en las sociedades del mundo occidental. Link y Green (2021), asumiendo el planteamiento de Wellman y Leighton (1979), los denominan Comunidad Perdida, Comunidad Salvada y Comunidad Liberada. La comunidad perdida correspondería a la pérdida progresiva de vínculos comunitarios y haría referencia a los barrios en los que no cabe establecer relaciones personales fuertes ni vínculos de reciprocidad asociados al capital social. En este modelo, las redes sociales de los habitantes de la ciudad se caracterizarían por su tamaño reducido y un bajo número de vínculos débiles. El barrio en este arquetipo pierde su sentido y no constituye comunidad.

El segundo modelo, la comunidad salvada, corresponde a la existencia de vínculos comunitarios barriales fuertes como los que Herbert Gans (1962) encontró en el West End, el barrio de Boston que sirvió de título a su obra *The Urban Villagers*. Gans a través de su estudio de campo llegó a la conclusión de que el West End era una comunidad con los mismos vínculos estrechos y duraderos y con las mismas redes de apoyo mutuo que podían existir en pueblos y comunidades muy pequeñas. En otras palabras, Gans observó que los lazos del barrio que estudió eran tan fuertes como los que existen entre los habitantes en los pueblos. Éste sería, además el modelo de relación de los barrios de los años setenta en Madrid y otras ciudades de España y del mundo que agrupaban a residentes pertenecientes a lo que en aquellos momentos denominábamos clase obrera (por ejemplo, Blokland, 2021). Como ya hemos señalado, en estos barrios las redes sociales eran densas y los vínculos personales fuertes y muy mediatizados por el objetivo de conseguir mejoras para todos los habitantes.

Por último, el modelo de comunidad liberada correspondería a una disminución de la importancia del barrio como espacio de sociabilidad y a redes sociales poco densas y más bien fragmentadas, de relaciones débiles y con una alta heterogeneidad entre sus participantes.

Según los autores, este último sería el modelo predominante de sociabilidad urbana contemporánea, en el que disminuye la importancia del barrio como espacio de interacción, lo que se explica, en parte, por los avances en las tecnologías de la información. Se trata de un diagnóstico sobre la sociabilidad urbana en las ciudades contemporáneas demasiado contundente y definitivo. De hecho, lejos de compartirlo, algunos autores subrayan la importancia de determinados

barrios y cuestionan que hayan dejado de ser escenario de interacción y sociabilidad urbana, aunque predominen los lazos débiles entre sus habitantes.

Tal vez lo más acertado sería señalar cómo las tendencias individualizantes, que ponen el acento en la desestructuración y atomización de la sociedad, conviven con dinámicas de signo opuesto, más localistas y activas (Kuurne y Gómez, 2019). De este modo, los barrios muestran distintos grados de relevancia y significado para sus residentes que en ocasiones conviven en el mismo territorio, plasmándose en ocasiones en movimientos y articulaciones sociales capaces de mitigar algunos aspectos de la vulnerabilidad cotidiana (Brey *et al.*, 2023).

La reputada socióloga Talja Blokland (2017:132; 2003), en su análisis de la sociedad urbana contemporánea, señala la importancia de lo que denomina *familiaridad pública*. Este término hace referencia al espacio social que se construye en los barrios, a través de las interacciones cotidianas en las que tomamos parte, e incluso de aquellas que simplemente observamos. Según la autora, la *familiaridad pública* se basa en relaciones que pueden ser pasajeras, a través de encuentros fluidos que pueden repetirse y que influyen en la sociabilidad de los barrios y pueden ayudarnos a desarrollar un sentido de inclusión (y también de exclusión) a una comunidad. La autora se inspira en parte en el concepto de *ámbito parroquial* (parochial realm) de Lyn Lofland (1998), en el que vecinos y conocidos se sienten implicados en redes interpersonales, participando de cierto sentido de comunalidad que proporciona seguridad física y emocional.

Todo ello implica que los vínculos débiles a escala local implican interacciones significativas entre los residentes en los barrios, aunque tengan un alcance limitado. En otras palabras, asistimos a modos de sociabilidad e interacción urbana que no constituyen lazos fuertes como los del pasado, sino articulaciones sociales mucho más ligeras pero capaces también de despertar cierto nivel de arraigo y pertenencia y convertirse en relaciones sociales significativas en términos de cohesión social.

En la misma línea, otro ángulo de análisis interesante es el que pone el acento en la influencia del rol del espacio físico en la creación de interacción social. Anteriormente mencionábamos el producto típico de los PAUs de Madrid: Sanchinarro, Las Tablas, Montecarmelo, barrios con urbanizaciones cerradas o viviendas unifamiliares, calles rectas, y todo pensado para entrar y salir en coche y ausencia de comercio local y servicios públicos. Como afirma López (2021), el modelo PAU, la ciudad dispersa favorece un estilo de vida individualista y competitivo.

En sentido opuesto, la propuesta de barrio compacto de la famosa urbanista Jane Jacobs (2011) [1961] vinculaba la vitalidad de las áreas urbanas a una adecuada organización del espacio físico al igual que el movimiento conocido como *Nuevo Urbanismo*, que también defiende que el entorno construido puede crear sentido de comunidad y construir capital social, algo que, en su opinión, podría lograrse mediante un diseño espacial apropiado (Talen, 1999: 1361). Más recientemente, podemos también pensar en la *Ciudad de los 15 minutos*, otra

propuesta que lleva implícita la idea de que la disposición de los elementos urbanos, la presencia de espacio público, la movilidad activa, el comercio local o la mezcla de usos influye en nuestros comportamientos y que París o Barcelona están tratando de poner en marcha, aunque en Madrid estemos a años luz de tales avances.

En definitiva, los planteamientos basados en la individualización social extrema tienden a subestimar las dinámicas que tienen lugar en los barrios, tanto en lo que se refiere a los vínculos e interacciones entre sus habitantes como a los efectos que la misma morfología urbana tiene sobre las relaciones entre ellos.

Las relaciones que hoy observamos responden a una gran diversidad de perfiles y contenidos, de forma que los lazos comunitarios de los barrios pueden estar simultáneamente desintegrándose, persistiendo y cambiando. Nuestra tarea es identificar las condiciones específicas bajo las cuales se destruyen, se mantienen o se crean vínculos comunitarios (Calhoun, 1999). En este sentido, cuando se generaliza sobre la disolución de lazos provocada por el orden económico-social resulta útil la fórmula que emplea Hans Joas (2005) para describir los compromisos que se van adquiriendo en las distintas épocas hasta llegar a la era de la contingencia en la que vivimos. El autor emplea la fórmula: orden-desintegración-reintegración, es decir, cómo se pasa de un determinado orden en lo que se refiere a lazos y asociación, a una fase de desintegración o disolución y de ahí a una nueva fase de reintegración bajo formas distintas de vínculos y anclajes.

BIBLIOGRAFÍA

Alonso Torrens, J., Sánchez Moro, C. (1975). “La problemática de los nuevos barrios Indicadores para su equipamiento”, *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, 19, julio-septiembre: 77-90.

Ambrosio, S. (1975). “Así opinan las asociaciones de vecinos”, *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, 19, julio-septiembre: 49-60.

Angulo Uribarri, J. (1975). “La acción de barrio”, *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, 19, julio-septiembre: 19-30.

Blanco, I., Gomà, R. (2019). “Nuevo municipalismo, movimientos urbanos e impactos políticos”, *Desacatos Revista de Ciencias Sociales*, 61, septiembre, pp. 56-69, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13964901004>

Blanco, I., Subirats, J. (2012). “Políticas urbanas en España. Dinámicas de transformación y retos ante la crisis”, *Geopolítica(s) Revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 3, n.º 1: 15-33.

Blokland, T. (2003). *Urban Bonds*, Cambridge: Polity Press.

Blokland, T. (2017). *Community as urban practice*, Cambridge: Polity Press.

Blokland, T. (2001). “Bricks, Mortar, Memories: Neighbourhood and Networks”, *Collective Acts of Remembering, International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 25, 2: 268-283.

Brey, E., Gómez, M. V., Domínguez, M. (2023). “Redes de apoyo y arraigos locales en mujeres de barrios vulnerables de la Comunidad de Madrid”, *Revista Española de Sociología (RES)*, vol. 32, 4, a187: 1-19.

Calhoun, C. (1999). “Nationalism, Political Community and the Representation of Society”, *European Journal of Social Theory* 2 (2): 217-231.

Cuéllar, E. (2021). “Chicos y chicas de barrio; salir adelante en Orcasitas”. En López-Rey Gómez, F., *Orcasitas Memorias vinculantes de un barrio*, Madrid: Ayuntamiento de Madrid, pp. 47-57.

Dioni López, J. (2021). *La España de las piscinas*, Barcelona: Arpa & Alfil editores S.L.

Documentación Social (1975). Editorial en *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, 19, julio-septiembre: 5-8.

Gans, H. (1962). *The urban villagers*, New York: Free Press of Glencoe.

Instituto Nacional de Estadística (2022), Encuesta de Condiciones de vida [Dataset]. https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736176807&menu=ultiDatos&idp=1254735976608

Jacobs, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Madrid: Capitán Swing.

Joas, H. (2005). “Moralidad en una era de contingencia”. En Díaz, C., Monreal, J. y García Escribano, J. J., *Viejas sociedades, nueva sociología*, Madrid: CIS, pp. 153-166, ISBN 84-7476-390-8.

Kuurne, K., Gómez, M. V. (2019). “Feeling at Home in the Neighborhood: Belonging, the House and the Plaza in Helsinki and Madrid”, *City & Community*, vol. 18, 1 <https://doi.org/10.1111/cico.12368>

Link, F. y Green Z. M. (2021). “Comunidades, sociabilidad y entorno construido”, *Bitácora Urbano Territorial*, vol. 31, n.º 1, Bogotá, Jan.-Apr. 2021, ISSN 2027-145X <https://doi.org/10.15446/bitacora.v31n1.91144>

Lofland, L. (1998). *The public realm Exploring the city's quintessential social territory*, New York: Walter de Gruyter Inc.

López de la Torre, A., Ramos Jara, P. (1975). “Deflexiones críticas en torno a distintos programas de desarrollo comunal”, *Documentación Social, Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada*, 19, julio-septiembre: 91-105.

López-Rey Gómez, F. (2021). *Orcasitas Memorias vinculantes de un barrio*, Madrid: Ayuntamiento de Madrid.

Montañés, M. (2021). “Félix López-Rey y la Asociación de Vecinos de Orcasitas y viceversa”. En López-Rey Gómez, F., *Orcasitas Memorias vinculantes de un barrio*, pp. 37-44, Madrid: Ayuntamiento de Madrid.

Otero Carvajal, L. E. (2010). “Madrid, de capital a metrópoli”. En AA.VV., *Sociedad y espacio urbano de Madrid en el siglo XX*, Madrid: Ayuntamiento de Madrid.

Santiago Rodríguez, E. de (2012). “Una lectura de las políticas de suelo y los modelos urbanísticos madrileños desde mediados de los años 1990: de la liberalización a la resaca inmobiliaria”, *Geopolítica(s)*, vol. 3, n.º 1: 83-116, http://dx.doi.org/10.5209/rev_GEOP.2012.v3.n1.39303.tr

Secchi, B. (2014). *La ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres*, Madrid: Los libros de la catarata.

Talen, E. (1999). “Sense of community and neighbourhood form: An assessment of the social doctrine of New Urbanism”, *Urban Studies* 36 (8): 1361-1379.

Wellman, B., Leighton, B. (1979). “Networks, Neighbourhoods, and Communities”, *Urban Affairs Quarterly*, 14 (3): 363-390.

Ynzenga Hacha, B. (2010). “Mega barrios: la oportunidad perdida”. En AA. VV. *Sociedad y espacio urbano de Madrid en el siglo XX*, Madrid: Ayuntamiento de Madrid.